

## Elecciones anticipadas 2023 y la desilusión de la política

Por: Alfredo Espinosa Rodríguez



El Ecuador vive un fenómeno paradójico, por un lado, la ciudadanía acepta con mayoritario beneplácito (más del 70%) que la clase política de este país, refugiada en una Asamblea Nacional con genética golpista e infraniveles de aceptación (4%), haya sido disuelta por el Presidente de la República, al ejecutar la figura de la “muerte cruzada” prevista en el artículo 148 de la Norma Suprema; y, por otro, esta ciudadanía tendrá que verse obligada a elegir a varios de los exasambleístas 2021 que han vuelto a buscar el auspicio de los mismos o incluso de nuevos partidos y movimientos para integrar sus listas, hecho que encumbra al oportunismo como ideología política de una gran fauna de candidatos “camiseteros”.

Es decir, las organizaciones políticas no han cambiado pese a la excepcionalidad de este proceso electoral, pues ofrecen a los votantes más de lo mismo: lo poco que tienen y por lo poco que trabajan, con nuevos e iguales rostros; su falta de preparación y exceso de confianza no sintonizan -por ningún lado- con el descontento ciudadano hacia las élites políticas. Frente a ello, muchos líderes dirán -para justificarse- que los tiempos de estas elecciones anticipadas fueron extremadamente cortos (90 días), que sus candidatos a asambleístas y binomio presidencial cumplen con los requisitos previstos en los artículos 119 y 142 de la Constitución de la República. No obstante, lo cierto es que este derecho a la participación política, tal y como está previsto en la norma, es una suerte de autopista de libre circulación para cualquier improvisado con espíritu de outsider.

Con estos antecedentes, ¿es posible que la calidad de la representación mejore en estas elecciones anticipadas 2023, con 8 binomios presidenciales y un posiblemente extenso número de aspirantes a asambleístas? Lo cierto, por más doloroso que suene, es que los ciudadanos deben desechar las falsas expectativas y mirar el escenario electoral con sobriedad para evitar frustraciones prematuras.

Queramos o no, Ecuador es un país que deglute con facilidad cualquier propuesta que se cocine de manera similar a la comida rápida, por más indigestión que esta cause. A ello se suma que, el votante promedio de nuestro país todavía tiene como criterio principal de elección, la estética de los candidatos, su apariencia e imagen; más no su conocimiento, formación o los mismos planes y programas de gobierno



que hasta la presente son una gran incógnita. A nadie o más bien dicho a muy pocos, se les ha ocurrido preguntar, por ejemplo, ¿de dónde proviene el dinero con el que se financiarán las organizaciones políticas para estas elecciones anticipadas?

Basta ver la facilidad y soltura económica con la que un movimiento político convirtió la inscripción de su binomio presidencial en un evento de masas bien alimentadas, con pantalla gigante y tribuna móvil, ¿fueron equipos prestados o no y si fue así de qué entidad?, ¿se reportará lo invertido y contratado por esta organización al gasto electoral?

Y esto nos lleva a formular otras inquietudes, ¿cómo denunciar el financiamiento irregular en las campañas electorales?, ¿cuáles son los mecanismos de control para evitar que el dinero ilícito se tome la política?, ¿quién nos garantiza que en las papeletas no estarán personas involucradas con los carteles de la droga y las bandas narcodelictivas del país? Asimismo, si en tiempos ordinarios la precampaña electoral se desbordó a tal punto que la ciudadanía, la opinión pública y las organizaciones de la sociedad civil cuestionaron severamente a los responsables por la falta de control, ¿quién les garantiza a los ecuatorianos que, en una elección atípica con tiempos reducidos, el control será eficiente?

Por otra parte, los electores estarán expuestos a un aluvión propagandístico que se expondrá abierta y libremente a través de las redes sociales de los candidatos, donde algunos contenidos serán promocionados para llegar a públicos específicos y en los que no se descarta la presencia de actores reñidos con la justicia del país que pedirán con total soltura el voto para su tienda política. ¿Se contabilizará la inversión de los candidatos y sus organizaciones en redes sociales para incluirla al gasto electoral? ¿Cómo evitar que la desinformación política y electoral se tome la digitalidad para endiosar a unos candidatos y lapidar a otros?

Más allá de la fragmentación política que se vaticina como resultado de estas elecciones sui generis, la desilusión política mueve el péndulo de una nueva transición con pronóstico incierto.